

Para contradecir al maestro Juan Rulfo

Andrés Vergara Aguirre

A Juan Rulfo le gusta llevar la contraria. Y siempre busca el silencio. Por eso, en vez de añadirles páginas a sus obras, de por sí demasiado flacas para la grandeza y la fama que han conquistado en la literatura universal, quisiera sustraerles páginas hasta que se desvanezcan de nuestras bibliotecas. No obstante, si lograra su cometido, en un acto de infinitas humildad y arrogancia simultáneas, los testimonios sobre sus obras no podría borrarlos. Podría llevarse

sus cuentos y su novela, y tal vez convencernos de que nunca existieron sino que apenas los soñamos, en un mundo parecido a ese de los murmullos que de Comala se extiende por toda América Latina, pero ya no podría negar lo dicho por tantos de sus lectores. Como Elias Canetti, quien afirma sobre “Diles que no me maten”: “No he conocido cuento más perfectamente construido, más conmovedor y más entrañable. Es difícil encontrar un cuento donde la emoción, la inteligencia y la expresión se junten y constituyan un heroísmo literario”;¹

o como Jorge Luis Borges, quien dice que *Pedro Páramo* “es una de las mejores novelas de las literaturas de lengua hispánica, y aun de toda la literatura”.²



Cuando se le pregunta qué tantos recuerdos de su infancia hay en su obra, Rulfo, por llevar la contraria, insiste en que “recuerdos simplemente no los hay”, pero a renglón seguido se contradice: “lo que hice fue ubicarme en esa región [de Jalisco], porque la conozco algo, porque la conozco, y porque la infancia es lo que más influye en el hombre. O sea, es una de las cosas que menos se olvida, que más persiste en la memoria de cualquier hombre y, efectivamente, hay el ambiente, la atmósfera, la luz, la misma situación social, todo eso lo recuerdo y por eso decidí ubicar todo lo que he hecho en esa región”.³

Contradictorio afirmar que los recuerdos no están, porque su obra y sobre todo su silencio son un constante murmullo en el que evoca aquellos tiempos de infancia, de la Guerra Cristera, que de cierto modo lo favorece porque entonces a su casa llevan, para custodiarla, la única biblioteca del pueblo, la del cura, y allí sacia su temprana voracidad de lector, con mucha “subliteratura”, calificativo que da a obras como las de Emilio Salgari y de Alejandro Dumas, por ejemplo. Pero también encuentra obras “serias”, dice, especialmente de escritores nórdicos, como Knut Hamsun, de quien lo impresionan hondamente algunas de sus novelas, entre ellas *Hambre* (1890), que gira en torno a la miseria en la urbe.

A sus catorce años se traslada a Ciudad de México, donde asiste como oyente a algunos cursos de arte en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional (hoy, UNAM). Allí, como parte de las lecturas de clase, se aproxima a los escritores de la revolución mexicana, entre los que le causa una gran impresión Rafael Felipe Muñoz, quien dedica varias de sus obras a exaltar la vida de Pancho Villa. Estas lecturas también marcan la trayectoria de Rulfo.

En esa época, por presión de la familia, intenta estudiar leyes, pero no aprueba los exáme-



Fotografía Jairo Osorio. Juan Rulfo en Medellín, (a la izquierda, Darío Ruiz Gómez) c. 1978. Archivo del autor

nes de ingreso a la Facultad de Derecho, y entonces entra a trabajar con el gobierno como agente de inmigración, cargo que desempeña entre 1936 y 1946. En ese cargo coincide con el poeta y cuentista Efrén Hernández, quien cuando descubre el interés de Rulfo por la literatura lo anima a publicar sus primeros cuentos, que más tarde serán parte del volumen *El Llano en llamas*. Después trabaja como agente viajero en la Goodrich-Euzkadi, donde tiene la oportunidad de conocer “toda la república”, dice para aludir a una larga correría por los más apartados pueblos mexicanos, donde entra en contacto con campesinos que todavía conservan muchas de las tradiciones indígenas; este encuentro será decisivo en sus futuros relatos.

Es contradictorio que el escritor diga que en su obra no están los recuerdos de la infancia, cuando en esa imagen de Juan Preciado prometiéndole a su madre moribunda que buscará a Pedro Páramo evocamos al pequeño Rulfo, de diez años, junto al cadáver de su madre difunta. Y en la voz triste del sargento dispuesto a consumir la venganza en “Diles que no me maten” también hay un eco del autor a sus seis años, junto al cadáver de su padre asesinado. Por eso, la voz del personaje se funde con la del escritor cuando dice: “Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando

crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó”.⁴ ¡Cuánta angustia en esa voz!

Adentrarse en Comala, en ese mundo de murmullos interminables que harán reventar un corazón por el miedo, es escuchar la voz de aquel muchachito que se empeña en recuperar las voces de sus muertos, porque no se resigna a la temprana orfandad. Ahí, detrás de Juan el personaje, está el otro Juan, el escritor, dialogando con sus muertos.

Y vuelve a contradecirse el escritor cuando afirma: “Yo no reflejo los problemas de mi país”.⁵ ¡Claro que sí! En esas páginas están los problemas sociales, las desigualdades, la opulencia de unos cuantos frente a la miseria de tantos, la inconformidad de los campesinos, la ignorancia, la sequía, las guerras, el fanatismo de un mundo en el que la Iglesia ejerce un poder irracional e ilimitado, la mitología, el sincretismo religioso en el que se mezclan, por ejemplo, tradiciones indígenas y catolicismo en los rituales frente a la muerte. Si no, ¿entonces qué es *Pedro Páramo*? Precisamente, un canto a la hibridez religiosa de México y de Latinoamérica, en el que la conquista espiritual “quedó a medias”, según dice el escritor, donde el pueblo es “mitad cristiano, mitad pagano”. Es también un canto al lenguaje popular convertido en arte a través de un uso cuidadoso, calculado, que le confiere una gran dimensión estética, lo mismo que esas miles de imágenes que el Rulfo fotógrafo captó de la cotidianidad mexicana, y en las cuales, a partir de un uso también cuidadoso de la luz, logra que el espectador vea o intuya muchos de los mismos fantasmas que pueblan sus relatos.

Y en este punto también vale contradecir al maestro, o más bien señalar sus propias contradicciones cuando dice que es fotogra-

fo para plasmar la realidad porque cuando escribe lo hace sobre un mundo imaginado. No, Maestro, perdone usted: sus fotografías tienen tantos fantasmas y seres imaginarios como sus relatos, y al mismo tiempo sus relatos tienen tanto de la realidad como aquellas imágenes.

Tantas contradicciones, seguramente le faciliten entender que muchos de los lectores no comprendan su *Pedro Páramo*, ni siquiera los críticos, que la reciben con diatribas; incluso el propio Alí Chumacero, jefe de producción del Fondo de Cultura Económica, que había publicado la novela, reniega de ella, y entre otras cosas señala que es “una desordenada composición que no ayuda a hacer de la novela la unidad que [...] se ha de exigir de una obra de esta naturaleza”, y ante la incredulidad del escritor por semejante despropósito del editor, este le responde: “No te preocupes: de todos modos no se venderá”.⁶ Y efectivamente, al comienzo fue un fracaso editorial, como suele ocurrir con una obra que rompe esquemas, en este caso en su juego con el espacio, el tiempo y la estructura narrativa, por ejemplo.

Y que estas líneas no parezcan diatriba, cuando en verdad son un homenaje —en el centenario de su natalicio— a toda la grandeza de sus páginas, en las que logró plasmar con maestría un mundo tan propio: su obra literaria y sus fotografías constituyen, como el pueblo de Comala, un mundo donde Rulfo, que siempre se negó a levantar la voz, nos sigue hablando con sus incesantes murmullos, en ese retrato magistral que logró plasmar sobre este lugar sincrético que es América Latina; relato que, según contó alguna vez, comenzó con “un ideal llamado Susana San Juan”, inspirado en “una muchachita a la que conocí brevemente cuando yo tenía trece años”. ¿Sí ve? Todo hace parte del mismo testimonio.

Por cierto: también quedó el testimonio de que escribió tres versiones de la novela, y cada vez



Fotografía Jairo Osorio. Juan Rulfo en Medellín, c.1978. Archivo del autor

le quitaba páginas y más páginas, hasta que el editor logró arrebatársela. Si no, quizá él hubiera condenado a la hoguera a *Pedro Páramo*, como dicen que ocurrió con otras obras que estuvo escribiendo y que al final no quedaron sino en murmuraciones, como *Cordillera* y *Ozumacín*, entre otros proyectos que al fin ardieron en el fuego de su rigor, del que al final se salvó *El gallo de oro*, publicada en 1980.

Hay que agradecerles a Efrén Hernández, a Juan José Arreola y a Antonio Alatorre, a Arnaldo Orfila y Joaquín Díez, y también a Alí Chumacero, que lograron sonsacarle los cuentos para publicarlos en distintas revistas, y finalmente en el volumen *El Llano en llamas*, en 1953. Dos años más tarde, en 1955, después de muchas bregas, el editor logró imponerse ante la indecisión del escritor, y al fin se imprimió *Pedro Páramo*, considerada hoy una de las obras literarias más importantes de América Latina.

Referencias

- 1 Borges, J. L. (2003), en: VV. AA., *Subidos de tono. Cuentos de amor*, Lima, Coedición Latinoamericana, p. 167.
- 2 Citado en: Díez, M. (2006). *Letralia*, vol. X (143), Venezuela, en línea: <http://letralia.com/143/ensayo01.htm>
- 3 Cruz, J. (1979). "Entrevista. Juan Rulfo: 'No puedo escribir sobre lo que veo'", en: *El País*, 19 de agosto, Madrid, disponible en digital: http://elpais.com/elpais/2015/07/27/actualidad/1437991191_012418.html
- 4 Rulfo, J. (1985). *Obra completa*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, p. 58.
- 5 Cruz, J., *op. cit.*
- 6 Chumacero, A. (1955). "El Pedro Páramo de Juan Rulfo", en: *Universidad de México*, vol. IX (8). México.

Andrés Vergara Aguirre es docente y director de la revista *Estudios de Literatura Colombiana* de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Es autor del libro *Historia del arrabal. Los bajos fondos bogotanos en los cronistas Ximénez y Osorio Lizarazo, 1924-1946*. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.